

de *La Escuela Rural Mexicana*, sin que, al parecer, ningún detalle de importancia hubiera escapado a la mirada escrutadora del autor.

En resumen, el señor Méndez Bravo nos traduce en las páginas de su obra, con un estilo sencillo, animado, lleno de vida y hasta de poesía, la realidad pedagógica que significa la campaña, llena de fe y entusiasmo, emprendida por el Gobierno de México, no para desanalfabetizar mecánicamente, como el señor Méndez Bravo lo expresa, sino para redimir e incorporar a la civilización, por medio de una cultura integral, a las clases aborígenes y mestizas, que constituyen casi los dos tercios de la población mexicana y formar una sola nacionalidad de todos los elementos étnicos del país.

El libro del señor Méndez Bravo es una obra que entusiasma, rica en sugerencias educacionales y señala buenos rumbos que convendría seguir. Se la lee sin que el interés decaiga en ningún instante.—F. M. L.

<https://doi.org/10.29393/At55-17RPRM10017>

### **Réplica y punto final**

**D**ICE Ortega y Gasset en sus *Meditaciones del Quijote* que para el escritor hay una cuestión de honor intelectual en no escribir nada susceptible de prueba sin poseer antes ésta. En el número 52 de *Atenea* tuvimos frases muy duras para calificar una traducción del señor Rojas Segovia y en el número 54 de esta misma revista ha contestado furioso el señor Rojas protestando de nuestra acusación. Confesamos que tras el pomposo y tan anticipado anuncio de su réplica, esperábamos del señor Rojas Segovia algo más sustancioso; pero sucedió aquí lo de la fábula: *Parturiunt montes, nascetur ridiculus mus*.

El improvisado traductor de *Il cuore dei Continenti* no ha desvirtuado uno solo de los cargos que le formuláramos; se escapa por la tangente, emborracha la perdiz y cita lo que le conviene, omitiendo lo que le perjudica; su contestación se limita, puede decirse, a protestar por la dureza del castigo, a suponer intenciones *aviesas*, no sé si juzgando con el criterio del editor o si actuando de acuerdo con aquel refrán que dice: "El que las hace las imagina".

Yo lamento tener que insistir sobre esta materia; declaro

y afirmo que no me mueve animadversión de ninguna especie, máxime ahora que sé que el señor Carlos Rojas, perfecto desconocido, es nada menos que don Juan Rojas, profesor de Estado, que lee cuatro lenguas, tiene estudios clásicos, etc., etc., persona que me merece toda consideración aun cuando sólo sea en el carácter de colega.

Pero se ha querido suponer que mi crítica era desproporcionada e injusta y para demostrar que no es así, brevemente, con la concisión que requiere la escasez de espacio en la Revista, me veo precisado a insistir y a dar la prueba de lo que dijimos.

Dice el señor Rojas que *furbo* significa *bribón*; que *anche* significa *aún* y *fatica* la *fatiga* del viajero tras larga errancia.

Lo que yo le sostengo al señor Rojas es que aquí, en el contexto de la frase, en el caso discutido, *anche* significa *también*, *furbo* significa *astuto* y *fatica* se refiere a la fatiga de escribir, la fatigosa tarea de escribir robando el tiempo al descanso que solicita el cuerpo. Para esto no necesita el señor Rojas invocar el testimonio de Sonzogno, ni de Bacci, porque ni Bacci, ni Sonzogno, ni Angeli, ni Linati, podrían demostrarme que la acepción dada por el señor Rojas es correcta.

Pero no son estas tres palabras las únicas que yo he reprochado como mal traducidas; el señor Rojas no procede honradamente al omitir los párrafos que transcribo en mi crítica, debiera haberlo hecho para rebatir mi acusación o para reconocer su error. Los errores que yo critiqué al señor Rojas no son, por otra parte, tan leves como él, siempre modesto, tan modesto como cuando no se atrevió a firmar su traducción, nos asegura; son errores de concepto, que cambian absolutamente el sentido de la frase y acusan una ignorancia o una negligencia imperdonable.

Y para corroborar nuestra protesta anterior y demostrar al señor Rojas que no se trata de dos o tres gazapos sino de un bosque atestado de caza desde el gazapo ligero hasta el elefante corpulento, que no se trata de buscarle tres pies al gato, sino de un verdadero cien-pies, agregamos a los errores anteriores los siguientes, advirtiéndole que no ha sido preciso para ello recorrer todo el libro y cazar un gazapo aquí y otro más allá; los errores que anotamos son todos de los dos primeros capítulos o cuentos del autor y... son sólo algunos pocos, que en mi cuaderno quedan bandadas numerosas, ya que no es posible darles suelta a todos, pues no cabrían en tan poco espacio.

---

*Debbo costringere me*, tengo que ceñirme a (p. 24), lo traduce el señor Rojas: *me sientó condenado*. *Dovesse venire, si llega algún día*; lo traduce el señor Rojas: *si vuelve* (p. 24). La desilusión llega una vez, señor Rojas, no vuelve. *Sfiorire*, se traduce *floreecer* (p. 24); significa precisamente todo lo contrario, *marchitarse*.

*Bicchier d'acqua*: tr. bocado de agua. *Bicchier* significa *vaso*, no bocado, (p. 28).

*Farei la fine*, tr. sería el último de los amantes; debió traducirse: tendría el mismo fin que los otros amantes (es decir, el suicidio) (p. 34).

*Si fermó*: tr. se estrechó a mí. Debe decir, se detuvo, se paró (p. 34).

*Nell'imo*: tr. en los confines; todo lo contrario, no es en los límites o confines sino en el centro, en lo profundo de la selva (p. 35).

*Dietro di lei*: tr. a la derecha; *dietro* significa *detrás*, no a la derecha (p. 36).

*Superbi maschi*: tr. soberbias máscaras. ¡Válgame Dios! *Maschi* son los varones, los machos (por oposición a hembras). Las máscaras estaban en el baile, señor Rojas, aunque también hay *maschi* disfrazados de traductores.

*Sopraggiungenti*: tr. asombrados; puede significar asombrados, pero aquí significa (p. 37), los que iban llegando detrás.

*Difondere la coscienza*: tr. desvanecer la inconsciencia; no señor, es difundir la noticia, el conocimiento.

*Punto*: tr. *alentado*; debió traducirse, *molesto*, *herido*, *picado* (p. 44).

*Soltanto*: tr. además; significa *solamente*, es decir, lo contrario (p. 44).

*Neppure*: tr. de consiguiente (p. 44); debió traducirse: *Ni siquiera, tampoco*.

*Senza alberi*: traduce el señor Rojas: *sin albergues*. ¡Horror! *Sin árboles*, señor Rojas: *alberi* significa *árboles*, con permiso de Bacci y de Sonzogno (p. 44).

*Ne aveva profittato*, se traduce: no había progresado; debió traducirse todo lo contrario; el *ne* italiano no significa *no*; desempeña el mismo oficio que el *en* relativo de los franceses (j'en ai, yo tengo de eso); equivale, pues, a un pronombre relativo y significa *de eso, de ello*. O sea, el barco se había aprovechado (*profittato*) de la luz de la luna para seguir su ruta, de manera que no es que hubiera avanzado poco, sino todo lo contrario, avanzó mucho. ¿Es esto cambiar el sentido de la frase? ¿Es esto *traducir*? (p. 49).

*Sotto*: se ha traducido *sobre*, significa debajo. Creo que no es lo mismo (p. 50).

*Ad ogni sosta*, se ha traducido *aumentaba la quietud*. Debíó traducirse: *a cada parada o escala del barco*, lo que no se parece ni a leguas.

*Disadorna*: se tradujo *desordenada* (p. 55). ¡Esto sí que es desorden! *Disadorna* significa sencilla, sin adornos.

*Schiave piú ingrato*, se ha traducido esclavas más infieles (p. 57), no se trata de infidelidad, se trata de belleza; *ingrato* significa *menos agraciadas*.

*Sterminato*: tr. de exterminio; debíó traducirse interminable, sin fin (p. 58).

*Originaria*: se tradujo *vulgar*. Imposible que Bacci ni Sonzogno den esta acepción a esta palabra, que significa *primitiva, originaria*, nada de vulgar.

Pero nos vamos extendiendo demasiado y hemos de concretarnos al reducido espacio que la bondad de *Atenea* nos concede para justificar nuestra actitud.

Terminaré, pues, preguntando: ¿se trata de tres gazapos o de trescientos, o de tres mil? ¿Fuí exagerado en mi censura y mi protesta? ¿Hay derecho para que un editor lance al público *traducciones* tan descuidadas o desgraciadas, para no decir infames ya que el epíteto pareció desproporcionado? ¿Encuentran ahora algo de particular en la traducción los que no podían verlo?

No se necesita ciertamente de la linterna de Diógenes para descubrir cientos de descuidos como los que aquí hemos revelado; basta querer y confrontar, sabiendo algo siguiera de italiano, para que cualquiera pueda exclamar con Arquímedes: *¡Eureka!*

Y en cuanto al tono airado de mi protesta permítaseme una aclaración: Jesús, que era la dulzura y la bondad personificada, empuñó una vez airado el látigo y echó a los mercaderes del templo y sin embargo dijo de sí: *Discite a me quia mitis sum et humilis corde*. Yo, que no soy Jesús, ¿por qué no había de irritarme contra los mercaderes del templo de las Letras?

Ahí está, simplemente explicada mi actitud, sin necesidad de entrar en suposiciones ruines y calumniosas para calificar intenciones.—R. M O N D R Í A .